



EL HOMBRE MURCIELAGO

Pastor Carlos Valenzuela



No, no voy a hablar sobre algún personaje de Hollywood ni este artículo está inspirado en alguna película, todo lo contrario, hagamos a un lado la fantasía para meditar en lo que es la vida real y que todo hombre nos esforzamos por vivirla cada día.

Dios ha dispuesto que el hombre asuma funciones determinantes en el gobierno de la sociedad, de la iglesia pero sobre todo, de su casa. Habiéndolo hecho cabeza de su hogar así como Cristo es cabeza de la iglesia, se espera que todo hombre conciente de tan gran responsabilidad muestre un carácter adecuado para ejercer esta función de tan alto privilegio.

El hombre definido por Dios debe ser confiable y seguro de sí mismo, con valores y principios profundos que lo hagan ser modelo para criar sus hijos y dirigir con amor y respeto a su esposa, por la simple razón de que así fue creado, no debe ser algo extraño ni extraordinario en el hombre, sino algo natural en él ya que lo trae desde el vientre de la madre.

Tristemente vemos ganar la batalla a las presiones del mundo sobre la personalidad del hombre que habiendo sido creado para grandes cosas no puede llegar a conquistarlas porque le vence el temor, los complejos, las tentaciones y lo que el mundo ofrece, dejando, incluso, la fe por un lado. Santiago expresa en su carta a las iglesias y con su lenguaje tan directo y claro que Dios bendice al hombre que entiende su papel y actúa según su naturaleza victoriosa pero también advierte que el hombre indeciso e inconstante no logra alcanzar nada.

Este tema me hizo recordar que hace tiempo, viendo un documental sobre murciélagos, no pude dejar de sentir algo de lástima por estos animalitos, hablando sarcásticamente, y me imaginaba uno de estos murciélagos viéndose al espejo sin poder definir si era un pájaro o un ratón, porque, teniendo cara de roedor, tenía alas como de pájaro que le permitían inclusive hasta volar.

Pensé que así somos muchos hombres que no encontramos nuestra verdadera identidad y fluctuamos en indecisiones entre si debieramos ser de una forma o de otra, un día somos tiernos y amorosos con nuestra esposa y otros días somos el macho que nuestra cultura define como un verdadero hombre. ¿Qué mujer puede vivir feliz junto a un hombre indeciso e inconstante? ¿Con un hombre así qué le garantiza que tendrá un hogar para toda la vida o que un día cualquiera va a quedar abandonada? Siendo una importante necesidad en el carácter femenino la de sentirse protegida y segura, ella espera que su esposo, el hombre que tiene a su lado, llene esta necesidad y la lleve a vivir con paz y seguridad.

El hombre que padece tal indefinición en su forma de ser y de pensar es fácil que caiga en depresiones tan fuertes que arruinan su vida o que aún la terminan llevándolo al suicidio, pero en el menos grave de los casos, la depresión anula la capacidad del hombre para hacer las cosas y para relacionarse con los demás, lo hace un ser antisocial, solitario, áspero en su trato y literalmente hace lo que el murciélago que se refugia en su cueva y a pesar de estar rodeado de muchos otros animales siempre se encuentra aislado en su propio mundo interno, hay hombres que tienen ojos pero no ven ¡igual que el murciélago! y solo se dejan dirigir en la vida por lo que sienten.

Sin afán de juzgarte o condenarte ahora te pregunto: ¿Te identificas con esta forma de ser? Respóndete a ti mismo, siempre hay áreas en nuestra vida que podemos mejorar, lo importante es que siempre hay esperanza de corregir las cosas porque Dios siempre nos da una nueva oportunidad. Dios nos da Su Palabra y a nosotros corresponde aplicarla en nuestra vida. En la misma carta de Santiago leemos que Dios espera que seamos hombres decididos y constantes y que nuestro "sí" sea "sí" y nuestro "no" sea "no", capítulo 5, verso 12.

Todo hombre ha sido creado para gobernar, proveer y proteger, empezando por los suyos, hay grandes cosas que podemos conquistar y ya tenemos las armas para hacerlo, solo hay que utilizarlas y Dios estará respaldándonos siempre para beneficio de la sociedad, la iglesia y nuestro propio hogar.